

[ARTÍCULO]

Nicomedes Guzmán: Pateando piedras en el río Mapocho

Gloria Favi Cortés

Universidad de Santiago de Chile
Email: gloria.favi@usach.cl

Recibido: 7 de octubre, 2018

Aceptado: 12 de noviembre, 2018

Publicado: 10 de enero, 2019

Nicomedes Guzmán: Kicking stones in the Mapocho river

Cómo citar este artículo:

Favi, G. (2019) Nicomedes Guzmán:
Pateando piedras en el río Mapocho.
Revista Chilena de Semiótica, 10 (122-133).

Resumen

Se intenta crear una lectura de la ciudad de Santiago de Chile, desde la resignificación de los contextos virtuales que la sostienen, y, con estos propósitos, hemos considerado el texto *La Sangre y la Esperanza* (1942) por su relación con los contextos escenificados desde la zona poniente de Santiago en los inicios del siglo XX. Pero ¿qué significa el espacio habitado y contemplado desde el espejo de la literatura? ¿cómo se experimenta ese fantasmagórico habitar sobre las palabras enunciadas en un texto literario. Desde esa perspectiva socio-semiótica nuestra lectura debe ser analizada como un intercambio social de sentidos, y, más general como un hecho sociológico de intercambio comunicativo virtual, cuyas intenciones intentan resignificar y recrear, en el lenguaje ficcional de la literatura, una interacción social continuamente modelada y modificada cuya coherencia global la asigna finalmente el lector.

Palabras clave

Marginalidad, Ciudad, Literatura, Identidad, Ficción.

Abstract

We try to create a reading of the city of Santiago de Chile, from the resignification of the virtual contexts that support it, and, for these purposes, we have considered the text "La Sangre y la Esperanza" (1942) for its relationship with the contexts staged from the west of Santiago in the early twentieth century. But what does the space inhabited and contemplated from the mirror of literature mean? How is this ghostly dwelling on the words enunciated in a literary text experienced? From this socio-semiotic perspective, our reading should be analyzed as a social exchange of meanings, and more generally as a sociological fact of virtual communicative exchange, whose intentions try to resignify and recreate, in the fictional language of literature, a continuous social interaction modeled and modified whose global coherence is finally assigned by the reader.

Keywords

Marginality, City, Literature, Identity, Fiction

La ciudad virtual

Nuestra lectura intenta crear un contrapunto temporal desde el cual intentaremos descifrar y auto configurar algunos fragmentos de la historia cultural de Santiago de Chile situado en la primera mitad del siglo XX. Fragmentos que estarían reflejados en el texto *La Sangre y la Esperanza* publicada por Nicomedes Guzmán en 1943. Este texto nos ha señalado el advenimiento comparativo entre nuevas sensibilidades ciudadanas diseñadas y construidas en los inicios del siglo XXI por las actuales reflexiones de la geografía urbana quienes actualmente articulan la dialéctica entre la globalización y las nuevas identidades ciudadanas, en tanto, han generado en Santiago de Chile, un nuevo focus que conlleva la puesta en acción de una cultura de la “planificación urbana” compartida con los diseños del “diseño urbano” y que se ha materializado en los actuales “ghettos verticales” construidos en la zona poniente de Santiago; la futura Smart-City, cuya controversia con la ciudad literaria surge ajena a su historia, intereses, pasiones y resistencias y casi tan neutra y universalista como el discurso de “los tecnócratas” que al reproducir su ideología solo buscan maximizar la eficiencia y las ganancias en los diminutos espacios asignados para la población vulnerable.

Nos preguntamos ¿de qué modo la literatura ilumina y completa, en la actualidad, los fragmentos de los espacios que habitamos? ¿Qué rincones, en esos esos espacios olvidados, son susceptibles de crear nuevas significaciones?

Sabemos que en el discurso literario nos pertenece el habitar en la virtualidad de la memoria, más allá de las ruinas arquitectónicas y el recuerdo material del pasado, así, con nuestra lectura, hemos logrado perdurar en una memoria activa para develar las sensibilidades e identidades urbanas como marcas culturales inscritas en el lenguaje de la narrativa chilena y señalar, a través del campo teórico que nos proponen la Semiótica de la Cultura y la Teoría del Texto, en tanto, ambas se constituyen como lugares de articulación entre la Antropología, Sociología, Historiografía y la Geografía Social, cuya transversalidad en sus discursos, completan y restituyen la herencia de nuestro patrimonio cultural inmaterial.

Nuestra lectura propone un conjunto de instrumentos de análisis de textos para conocer el espacio donde el sentido se produce (Verón, 2013) y así descifrar los mecanismos de significación, en este caso, el sentido social y culturalmente pertinente que se asigna a un modo de habitar el espacio virtual en la zona Poniente de la ciudad de Santiago de Chile en la primera mitad del siglo XX representada en el texto *La sangre y la esperanza* (Nicomedes Guzmán, 1943). De esta manera, demostramos, en primer lugar, que este texto construye espacios singulares para dibujar “ciudades interiores” dentro de lo que parecía ser la representación objetiva de la ciudad de Santiago; y mientras en esta interacción de subjetividades que se produce en la lectura, nacerían otros espacios y otras identidades (queridas, producidas o auto producidas). Así, la oposición ciudad real/ciudad imaginaria (véase Silva, 1992) no estaría

centrada en las circunstancias geográficas y arquitectónicas de la “ciudad real”, sino en la individualidad de los comportamientos lingüísticos, corporales y afectivos con los que los personajes literarios escenifican el simbolismo psicológico y espacial que los ha transformado en parias en el interior de la ciudad imaginada.

Nuestra lectura destaca el aspecto discursivo del texto literario como proceso semiótico que en su discurrir sintáctico va produciendo sentido y esa relación interna de significación, se va transformando en el lenguaje virtual que no lo relaciona directamente con el mundo exterior. Desde esa perspectiva socio-semiótica nuestra lectura puede ser analizada como un intercambio social de sentidos, y, en forma más general como un hecho sociológico de intercambio comunicativo virtual, donde dichas intenciones intentan resignificar y recrear, en el lenguaje ficcional de la literatura, una interacción social continuamente modelada y modificada cuya coherencia global la asigna finalmente el lector, así, La Teoría de la Recepción nos señala que el significado de un texto nace con la experiencia de la lectura (H. J. Jauss, W. Iser), de esta manera, el mundo virtual que genera el habla de quienes habitan en la zona poniente de Santiago nos permite ingresar- sin prejuicios – en el espacio imposible de los relatos y en un diálogo activo con el habla de huelguistas, prostitutas, rufianes y matarifes.

Acudimos, para completar nuestra búsqueda teórica, a algunos fundamentos teóricos de la Semiótica de la cultura y el concepto de texto (Lotman, 2003), considerada actualmente como una multidisciplinaria —eje unificador— que interpreta todos los signos que quedan impresos en una cultura [1]. También incorporamos las actuales proyecciones de la geografía cultural (Sennet, 1994; Cosgrove, 1985) [2] para señalar la historia de las ciudades desde la perspectiva de los movimientos corporales de quienes las habitan.

En general, nos interesa todo el acontecer cotidiano y la diversidad de actuaciones que se dan en conexión con los espacios naturales y culturales, para conocer cómo los grupos sociales se relacionan con dichos espacios y se mimetizan con ellos. Consideramos necesarios, además, los escritos de Mijail M. Bajtin (*Estética de la creación verbal*, 1982), cuyas teorías califican el texto literario como un lugar de tiempo y recuerdo, una contingencia que puede tener efectos ilimitados, porque el texto es siempre responsivo y responde desde sus márgenes a textos del pasado, del presente o del futuro [3]. Esta polifonía es la multiplicidad de voces de una cultura que revela la entropía constante del texto y del significado. El texto literario, según estos postulados, adquiere memoria y entra en una compleja relación con el lector y el contexto cultural, porque la entropía constante del significado lo transforma en memoria cultural colectiva y le otorga la capacidad de enriquecerse en el tiempo, sin interrupciones. De esta forma, nuestra lectura reconstruye y activa en el recuerdo la memoria de nuestra ciudad, de sus plazas y esquinas, y reaviva las antiguas sensaciones corporales, que adquieren nuevas dimensiones en un imaginario que se reanima continuamente en el proceso de la lectura.

Nos interesa destacar la concepción sobre el discurso de la literatura que sostiene Michael Foucault [4] para reflexionar sobre la doble relación que

mantiene el discurso marginal de la literatura con el discurso de la realidad histórica; la literatura en su condición de artificio produce efectos de realidad en la búsqueda insidiosa de lo inconfesable, mientras la transgresión y el escándalo de su decir, contribuyen a poner en cuestión los códigos y estatutos estereotipados en el mundo histórico, para así completarlos.

Pateando piedras en el río Mapocho

Desde la falda del cerro San Cristóbal, Pedro de Valdivia señala los terrenos donde resolvió fundar, entre los dos brazos de la corriente del río Mapocho, la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura el 12 de febrero de 1541.

El río Mapocho, con la segunda fundación que se va generando a través del lenguaje de la novela *La sangre y la esperanza* publicada por Nicomedes Guzmán en 1943, señala la memoria dramática e irresuelta que filtra el habla y la conciencia de los marginados de la sociedad liberal en la mitad del siglo XX. Las riberas del río Mapocho, hacia el sur, eran los espacios precarios que contenían a las familias obreras en los inicios del siglo XX. El río era el sendero que encauzaba las vidas de Enrique Quilodrán y de su familia, para ilustrar su transcurso en esa zona de Santiago que eran los espacios de los carretoneros, areneros, hojalateros, obreros y lanzas, antes de ser erradicados a fines del siglo XX a los suburbios de la ciudad.

¿Qué experiencias imprevisibles en el espacio y el tiempo hallaremos en este tejido civil ruinoso? ¿Qué formas de vida identitaria encontraremos implicadas en estos juegos de lenguaje? Porque el río se va creando con la agresión física de un particular lenguaje, simulación que genera, con la lectura, la experiencia vicaria de la violencia que va atenuando la percepción del dolor real de la ciudad bárbara en la mitad del siglo XX. El río, vínculo identitario con la ciudad, se va encarnando en las diferentes realizaciones del habla para exhibir las condiciones oscilantes en un mundo que nos conecta con los insospechados e inquietantes trayectos de nuestra historia.

—¡Yo tenía que matarlo! ¡Ja, ja, ja. ¡Yo, yo! ¡Se pescó a mi hija! ¡La tengo allá! (...)
¡Vengan! ¡Vengan!... ¡Ja, Ja, Ja! Carajo, ¡se pescó a mi hija! ¡Pobre mi hija!... ¡Vean, vean! ¿No ven, no ven? ¡Se la pescó y me la mató! (p. 266).

La interpelación directa se convierte en un testimonio en sí mismo de la experiencia angustiada e infeliz del cuerpo y en el reflejo ficticio de violencia y muerte en la ciudad real de los arrabales refundada por la realidad social de la migración campesina. Suceso acontecido en los finales del siglo XIX y provocado por las sucesivas crisis que afectaron la economía del país entre 1873 y 1890. Fue esta situación la que produjo la dispersión de masas enormes de campesinos y vagos sin oficio. Es conocido que las autoridades rurales vaciaron la población campesina hacia las ciudades, la cual llegó a constituir el 62 % de la población urbana. Los gobernadores de provincias, sin saber qué hacer con los desocupados, decidieron enviarlos a Santiago [5]. En 1898, el intendente de Tarapacá envió a la zona central del país treinta mil obreros cesantes. Santiago se transformó en “una inmensa cloaca de infección

y de vicio, de crimen y de peste, un verdadero “potrero de la muerte” que se oponía al “Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana” según los calificativos del intendente Benjamín Vicuña Mackenna (De Ramón, 2000: 146-147).

Pero nuestra lectura conjetural no pretende constituirse en un discurso informativo del espíritu social de una determinada época en Chile (1902-1943), solo intenta superar, en el texto, los efectos de la monótona simplicidad de la crítica literaria de finales del siglo XX, que se ha remitido a describir el tiempo estancado en convenciones históricas señaladas por la crítica literaria de corte neorrealista [6] que ha neutralizado las inquietantes significaciones y trayectorias de un tiempo móvil y los imprevisibles juegos de actualización en el lenguaje. Entonces, necesitamos vivir en el tiempo y en el esquema perceptivo de ese lenguaje que va construyendo este tejido civil ruinoso, Santiago de Nueva Extremadura y los límites del sector que señala el río Mapocho desde el centro hacia el poniente; “río menguado, tan chico y ruin”, según el decir de los ediles coloniales, a cuyas riberas eran llevadas todas las basuras de la ciudad y donde nacían las barriadas que se nutrían de todos esos desechos (De Ramón, 2000:192).

Río azul de sueños triunfantes es el Mapocho en los recuerdos de Enrique Quilodrán, el niño que construye sus recuerdos desde la narración de La sangre y la esperanza, ahora relatados desde la apatía y el desencanto de una vida de adulto. El río azul ha tomado su propio derrotero, se ha transformado en el río de las vacaciones y los juegos de infancia que en la memoria guardan la liberación y esperanza en este mundo de sombras y sin cauces, donde el lenguaje va poblando una ciudad con basurales, calles, rancheríos y pantanos que van revelando la complejidad y sutiles articulaciones existenciales de los seres que la habitan.

Mugía el río famélico, como un toro ciego estremeciendo las costillas de sus aguas. Se oía cantar a los areneros, paleando ripio dentro de los hoyos que el propio tesón abrió a sus plantas. Cantos retorcidos. Cantos sudados. Humeantes de cansancio. Viejos cantos olor a vino y a escabeche (p. 260).

Ciudad y alma se entrelazan en los suburbios del lenguaje para generar un nuevo asentamiento urbano habitado por cantos retorcidos y sudados con olor a vino y escabeche. Allí el río gris se transforma en animal violento y hambriento. Las figuras retóricas, especialmente las sinécdoques, metáforas y personificaciones, auto-señalan y despliegan en el nivel semántico, la fragmentada identidad de los areneros, cuyo exceso de vitalidad produce cantos, vértigos de alegría y dolor que mantienen, en el tiempo, el miedo histórico a este mundo subterráneo.

Sabemos que el mundo cotidiano aparece con otras formas en el discurso literario y son estas representaciones las que generan contradicciones con el mundo histórico, porque la realidad de la literatura radica en la relación dialógica entre texto y lector, en tanto, se recrea un tiempo múltiple que alberga universos oscilantes cuya variada actualización va creando supuestos que constantemente se regeneran, se niegan, y finalmente anulan los límites complejos, estereotipados y definidos en la *Historia Oficial* del pueblo de Chile.

La conciencia que despliegan las variedades del habla en la novela *La sangre y la esperanza* encuentra una actualizada conexión temporal y emotiva con nuestra historia y experiencia en el siglo XXI, en tanto, nos reconocemos en los espacios de estos sujetos desterrados del tiempo que se deshacen en la memoria activa de una historia triunfalista que a sangre y fuego les ha negado toda representación social y política. Son estos sujetos anacrónicos y confinados a los márgenes quienes nos señalan las formas de congregarse y moverse en esta fantasmal ciudad creada en el sector poniente del río Mapocho (Salazar y Pinto 2002).

Al atravesar el puente Manuel Rodríguez, las aguas turbias y bullentes del Mapocho fueron como otro novedoso objeto para mi curiosidad. Hornillas abrió a nuestras pupilas los ojos ficticiamente azules de sus baches y la mercocha gris de sus barrizales cortada por el paso de los carretones (p. 320).

Pero el texto no es la historia lineal que acontece; los inicios de 1920, la huelga de los tranviarios, el represivo primer gobierno del general Ibáñez y las protestas que realizaron en la Alameda de las Delicias los trabajadores desocupados de las salitreras (De Ramón, 2003: p. 131), allegados en los conventillos de Santiago en 1927, estas son las deshilvanadas crónicas de la memoria en los recuerdos desencantados de Enrique Quilodrán, que anulan el supuesto realismo crítico y panfletario de la denominada novela neorrealista. Entonces, esa es la verdadera historia que acontece en un lenguaje que se va adecuando a la pura angustia interior, sin tesis obvias.

¡Vengan a ver, vengan a ver!, ¡un muerto, un muerto! (p. 236).

Nos llaman las voces imperativas desde la ciudad bárbara, pero el acuario imposible de este texto nos impide zambullirnos en su turbulencia y desde los márgenes intentamos ingresar en el acontecer de esas vidas a la deriva, para conjeturar sobre las particulares identidades que se van construyendo con el uso de un lenguaje cuya emotividad está señalada en la funcionalidad estilística de sus exclamaciones, preguntas retóricas, murmullos, llantos y susurros que convierten estos recursos retóricos en las escenificaciones de un habla sitiada en esos lugares baldíos y pestilentes y que representan, en nuestro presente inmediato, el desamparo y la fealdad que encierra el drama irresuelto de los desheredados.

¿Qué intuiciones intentamos abrir con este juego de posibilidades de actualización, implicadas en el texto *La sangre y la esperanza*? ¿Qué formas de vida descifraremos en estas acciones del lenguaje? Y respondemos; la dignidad y la solidez ideológica que se respira en el hogar imaginario de Enrique Quilodrán y que representa las micro resistencias y utopías en estos lugares olvidados que no ingresan en los estudios socio-urbanísticos tradicionales y que marcan los rumbos existenciales de Luisa, la joven modista, la abuela y la madre, fantasmales y silenciosos pilares de la familia obrera. De la misma manera, las identidades de los huelguistas, dirigentes sindicales y cesantes de las salitreras, se convierten en caóticos instrumentos de combate y protesta contra la simetría perfecta de un universo determinista que los condena a la miseria y al fracaso.

El contacto con las formas del lenguaje, que son a la vez las construcciones concretas en este universo desgarrado, produce respuestas emocionales frente a los estímulos físicos que crean las acciones del lenguaje (gemir, gritar, suplicar, sollozar). Reflexionamos que es solo en la concreción de su propia forma poética y no en las circunstancias históricas de la época, que el texto logra conferir un sentido en sus intentos por entregar significados al mundo propuesto. La homogeneidad de este universo se construye a expensas de variables que son progresivamente abandonadas con el fin de construir micro unidades semánticas, situaciones y acciones que solo pueden ser comprendidas en el contexto fragmentado y dialógico con un tiempo eterno que está simultáneamente presente y operante en este mundo construido en la mitad del siglo XX [7].

La homogeneidad discursiva de un mundo popular organizado en sólidos ritos familiares e institucionalizado laboralmente con su representación en los sindicatos y federaciones de trabajadores de la época, se destruye frente a la caótica irrupción de unas voces dislocadas que corresponden a los secretos microcosmos abandonados en el tiempo y la historia y cuya ausencia discursiva está reemplazada por la gestualidad gutural de sus voces:

- ¿Qué mira tú? ¿Qué mira?... ¿Querer pegar también? ¿Querer pegar? ¡Tú niño bueno, no pega! ¡No pega niño bueno! (...) ¡De veras! ¡Tú niño bueno, no pega, no pega! ¿Cierto? (p. 126).

En las voces deshilvanadas del personaje *Pan Candeal*, excluido y marginalizado desde su propio territorio miserable, están contenidas las violentas historias no escritas de los postergados y son sus figuras contrahechas, sus piernas rengas y sus ojos bizcos los que hablan de oscuras cosas del norte, de unas minas, de un apaleo legal donde les quiebran el espinazo, pero estas vagas historias de miserables y tiñosos hacinamientos que nadie quiere creer, no pertenecen al mundo lineal que ahora acontece en el relato.

Los albergados, como bestias grises, como enormes asnos de piel sangrante, más allá de los conventillos, parecían lamerse las llagas a las plantas callosas del otoño. En sus vísceras podridas, los hombres mataban las horas, a la caza del piojo y del mendrugo limosneado. Los rotos pampinos, esmirriados por la espera de días, que ya se alargaban en años, humillaban su existencia en el vórtice macabro de una cesantía forzada... (p. 338).

El texto construye micro unidades semánticas que van tejiendo pluralidades de tiempos y espacios para contener las vidas de unos Personajes aún silenciados en el interior de estos universos olvidados, pero cuyos débiles balbuceo (8) señalan su presencia para desplazarse más allá de los discursos de un Narrador que controla la institucionalidad en estos mundos. Así, ¿cómo olvidar a la hija parturienta de Pan Candeal muerta en las escaleras de un conventillo? ¿Cómo olvidar la protesta social de los allegados en los conventillos que marcharon días, semanas y meses desde el norte, cuando cerraron las salitreras? ¿A los asesinados en las riberas del Mapocho? ¿A los solitarios habitantes de los basurales?

Ellos configuran el silencio en unos discursos aún no formalizados en la

legalidad racional del lenguaje, pero representados en la gestualidad de sus cabellos, sus ropas, su andar y sus cuerpos quebrados para ser acomodados en las cunetas y en las escaleras violentas de los conventillos.

El texto crea entre líneas sus propios objetos fantasmales (periódicos, carteles, anuncios, invitaciones), formas sin realidad que amplían o restringen los límites de las informaciones enmarcadas en el mundo del relato. Así leemos, en los titulares de un periódico, la muerte a tiros del poeta revolucionario, Abel Justiniano, cuando se realizaba una reunión de obreros cesantes del salitre al pie del monumento de O'Higgins en la Alameda.

Trágico epílogo de un Comicio. Un poeta y un caballo muerto

Los Hechos

La personalidad de Abel Justiniano

Las marcas significativas que cumplen los titulares del periódico y que están inscritas en ese mundo del relato, realizan un doble juego de realidades. Por un lado, nos integran como espectadores, lectores y participantes de la vida y en los signos espectaculares en este mundo ficcional; y, por otro, se nos expulsa sutilmente diciéndonos: “como se informó al público en nuestra edición de ayer”, “desgraciadamente, cuando se daba principio a tal reunión, hechos que más tarde expondremos...”, y así se nos excluye de ese tiempo ajeno que construye “un ayer y un más tarde”, para narrar, en el tiempo del relato, las circunstancias misteriosas que completarían y explicarían la muerte de Abel Justiniano, pero que se nos ocultan en el presente inmediato de nuestra lectura.

La creatividad del tiempo y la trayectoria imprevisible del lenguaje en la novela modifican y cuestionan la percepción histórica y oficial de la marginalidad social que ha construido la institucionalidad democrática en el siglo XX. Es tal vez la verdadera recepción que el texto *La sangre y la esperanza* esperaba en la mitad del siglo XX: el intentar apelar, desde el pasado, a las concertaciones políticas que han sido utilizadas para acallar a los reventados y olvidados en la historia.

Conclusiones

Desde el eje de teorías historiográficas y textuales que nos facilitaron analizar algunos textos literarios escritos en la primera mitad del siglo XX, en tanto fueron leídos como atmósferas significativas que podrían complementar las contingencias culturales propias en la historia de Chile, nos unimos a los pasos de unos parias urbanos contruidos con gestos y acciones del lenguaje y que se activan tras los agobiantes y segregados territorios de la ciudad imaginaria; Enrique Quilodrán y familia, parias contruidos en las fronteras territoriales de la segregación, en tanto son productos del debilitamiento de un modelo que intentaba crear espacios urbanos a escala humana.

En nuestra condición de huéspedes errantes y no deseados en el tiempo ajeno del relato y en el juego de posibilidades de actualización de lo real, hemos revivido vidas atrapadas entre líneas y ambulado sobre soportes fantasmales que sostienen el universo de ciertos personajes, los mismos que con la proyección de sus anhelos, sueños, frustraciones y fantasías han alterado y modificado la proyección cotidiana en nuestra ciudad.

La lectura ha registrado nuestras oscilantes percepciones sobre la vida citadina y las relaciones no formuladas en su totalidad, para dotar de sentido a la atmósfera significativa que ha envuelto nuestro tránsito a través de la historia de Chile en la mitad del siglo XX, desde la lógica que se filtra en la tensión problemática de los gestos, emociones y acciones del lenguaje decolorado de personajes novelescos y su narratividad des-construida y alterada.

Nuestra reflexión ha pretendido iluminar lo efímero y fugaz en los modos de pertenecer y participar en la ciudad, desde la arquitectura, decorados y transformaciones urbanas relacionadas con los cambios sociales proyectados. Finalmente, en el tránsito atormentado de los marginados de la sociedad liberal en *La sangre y la esperanza* (1943), que des- construyen el centro social citadino para anular las fronteras territoriales que desde 1872 había demarcado el intendente Benjamín Vicuña Mackenna quien había declarado, que para los efectos de la “edilidad”, la ciudad debía dividirse en dos sectores; “la ciudad propia sujeta a los cargos beneficios del municipio y [otra] los suburbios, para los cuales debe existir un régimen aparte, menos oneroso y menos activo” (De Ramón, 2003, p. 222). La confrontación entre “el Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana” y “la ciudad bárbara injertada en la culta capital de Chile”, “toldería de salvajes”, “pocilgas inmundas”, “una inmensa cloaca de infección y de vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte” (Ibid., p. 147), según el decir de Benjamín Vicuña Mackenna en 1873 cuando inició la remodelación que ordenó y fijó el trazado de la ciudad y cuyos posteriores desajustes del plan Brunner-Humeres (1934) (Ibid., p. 222), culminaron con el Plan Intercomunal para Santiago del 10 de noviembre de 1960. Dicho plan incluyó todas las comunas que concentraban la realidad urbana del “Gran Santiago” y que marcaron el reconocimiento del Santiago Antiguo solo en su condición representativa del centro urbano. Se trató de hechos histórico administrativos que culminaron con el éxodo de la elite criolla desde el centro de Santiago hacia la conquista de nuevos territorios (Pedro de Valdivia Norte, Providencia, Ñuñoa) y el ingreso de nuevos pobladores en áreas cercanas a la ciudad antigua.

Entonces, la nostalgia por nuestra vieja cultura de vecindario va activando sobre la superficie de las casas, las calles y las plazas, la palabra poética que recuerda y reconstruye las sensaciones y experiencias corporales vividas y sentidas en nuestra antigua ciudad. Este espacio social del acontecer ciudadano, en tanto se constituye como una actividad dialógica con el pasado, creado con el trasfondo de voces fantasmales y ritos sociales que nos unen y a la vez organizan significados que darían sentido y pertenencia identitaria con nuestra ciudad en el siglo XXI.

Notas

1. Lotman (1996) afirma: “El texto cumple la función de memoria cultural colectiva. Como tal, muestra, por una parte, la capacidad de enriquecerse ininterrumpidamente; y, por otra, la capacidad de actualizar unos aspectos de la información depositada en él y de olvidar otros temporalmente o por completo” (p. 80). El mismo Lotman (2000) señala: “La cultura en general puede ser presentada como un conjunto de textos; sin embargo, desde el punto de vista del investigador es más exacto hablar de la cultura como un mecanismo que crea un conjunto de textos y de los textos como de la realización de una cultura” (p. 178).
2. Consideramos necesarias las propuestas de Richard Sennet para señalar la historia de las ciudades desde la perspectiva de la afectividad y los movimientos corporales. Su teoría demuestra que no solo la arquitectura y la planificación urbana son condicionantes de las identidades territoriales, porque los lazos afectivos configuran nuevas realidades espaciales. Son importantes, además, los estudios sobre la geografía social desarrollados por Denis Cosgrove (1985) en relación con la doble dimensión social y material del espacio, que incluye la imaginación y los sentidos.
3. Utilizamos el enunciado: “No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección” (Bajtín, 1982, p. 393), para afirmar que la memoria cultural perdura, aunque sea redefinida constantemente, y corresponde a lo que M. Bajtín califica como la entropía constante del texto y del significado.
4. Nos referimos al “discurso de la infamia”, calificativo que define, según Foucault (1996).
5. Nos remitimos a Bauer (1994), cap. 6, “El ‘bajo pueblo’ campesino desde 1850 a 1930”.
6. Me refiero a la denominación “generación literaria neorrealista”, de 1942, clasificada por Goic “La segunda generación contemporánea reaccionando contra el universalismo de las preferencias superrealista (...) retomó los modos de representación del realismo tradicional (...) volvió también a concebir la literatura con sentido utilitario y función político-social llegando en muchos casos a lo francamente panfletario” (p. 47).
7. Véase Bajtín (1982) y la turbulencia de las voces responsivas y atemporales que se encuentran en los márgenes de los textos.
8. Me refiero a Bajtín (1982) y su concepción de las voces responsivas en el interior de los textos literarios que hablan silenciosamente, desde los márgenes, sobre las contingencias del pasado, del presente y se proyectan en el futuro: “Cuando en los lenguajes, jergas y estilos comienzan a percibirse voces, aquéllos dejan de ser un medio de expresión potencial y llegan a ser expresión actual y realizada: la voz entró en ellos y se apoderó de ellos” (p. 313).

Referencias

- ANGENOT, M., Bessiére, J., Fokkema, D. & Kushner, E. (Eds). (2002). *Teoría literaria*. México: Siglo XXI.
- BAJTÍN, M. [1979] (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BAUER, A. J. (1994). *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española hasta nuestros días*. (Paulina Matta, trad.). Santiago: Andrés Bello.

- CLAVAL, P. (1998). “El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”. *Boletín de la AGE* (Asociación de Geógrafos Españoles) (Madrid), 34, 21-39.
- COLLIER, S. y Sater, W. (1998). *Historia de Chile, 1808-1994*. Madrid: Cambridge University Press.
- COSGROVE, D. (1985). “Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea”. *New Series*, 10(1), 45-62. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/622249>
- CULLER, J. (2002). “La literaturidad”. En M. Argenot, J. Bessiére, D. Fokkema & E. Kushner (Eds.), *Teoría literaria* (pp. 36-50). (Isabel Vericat, trad.). México: Siglo XXI.
- DE RAMÓN, A. (2000). *Santiago de Chile*. Santiago: Sudamericana.
- ___ (2003). *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*. Santiago: Catalonia.
- FOUCAULT, M. (1996). *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Altamira.
- GODOY, H. (1977). *El carácter chileno*. Santiago: Universitaria.
- GOIC, C. (1968). *La novela chilena*. Santiago: Universitaria.
- ___ (1972). *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- GOIC, C. et al. (1973). *La novela hispanoamericana: descubrimiento e invención de América*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- GROSS, P. (1991). “Planificación urbana y modelos políticos”. *EURE*, 17(52/53), 27-52.
- GUZMÁN, N. (1972). *La sangre y la esperanza*. Santiago: Quimantú.
- HONOLD, D., J. (2010). “Visión general de los problemas del Gran Santiago”. *Revista de Urbanismo*, 0(7). doi: 10.5354/0717-5051.2003.6208
- LOTMAN, I. (1996). *La Semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra.
- ___ (2000). *La Semiosfera III. Semiótica de las artes y de la cultura*. Madrid: Cátedra.
- ___ (1998). *Cultura y Explosión*. Barcelona. Gedisa
- POZUELO YVANCOS, J. M. (1994). *Teoría del lenguaje literario*. Madrid: Cátedra.
- SALAZAR, G. (2007). *Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX)*. Santiago: Lom.
- SALAZAR, G. y Pinto, J. (1999). *Historia contemporánea de Chile. Vol. I: Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: Lom.
- SEARLE, J. [1969] (1994). *Actos de habla*. Buenos Aires: Planeta.
- SENNET, R. (1994). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Buenos Aires: Alianza.

- SILVA, A. (1992). *Imaginos urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo.
- TODOROV, T. [1968] (1975). *Poética*. Buenos Aires: Losada.
- VAN DIJK, T. A. (1993). *Texto y contexto (Semántica y pragmática del discurso)*. México: Rei.
- VERÓN, E. (2013). *La Semiosis social 2*. Buenos Aires: Paidós

Datos de la autora

Gloria Favi Cortés es Profesora de Castellano, Magister en Literatura, ©Doctora en Literatura Hispanoamericana por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Profesora e Investigadora en la Facultad de Ciencias Sociales. Escuela de Antropología Universidad de Chile desde 1996-2006. Autora del libro *Crónicas de la Marginalidad, bandidos, huachos y gañanes en la literatura chilena del siglo XX*, editado por Bravo& Allende con el auspicio de la Corporación de Desarrollo de las Ciencias Sociales (2012). Actualmente es Directora Suplente de la Asociación Chilena de Semiótica y socia de la Federación Internacional de Semiótica (IASS). Profesora de Lenguaje y Comunicación y Directora de Tesis en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Santiago.